

Gilles Deleuze (1925-1995)

In memoriam

[Spinoza] sabe, sin embargo, que la muerte no es ni el inicio ni el final sino que, al contrario, se trata de pasar a otro la propia vida.

GILLES DELEUZE

Anna Ajmátova, la poeta, escribe: “Cuando muere un hombre / se transforman sus retratos: / los ojos ven de otro modo, / se altera la sonrisa. / Lo descubrí al regresar / del sepelio de un poeta, / luego, innumerables veces / mi intuición se ha confirmado” (43). En efecto, la muerte, de inmediato, lo transforma todo; al poner un punto final, esa vida adquiere, curiosamente, una nueva dimensión; cada gesto, cada mirada, cada palabra dicha y no dicha se resignifican. Es necesario entonces recrearlo, reescribirlo y rehacerlo todo. Cuando creíamos al muerto en un lugar fijo, su muerte sigue viviendo en nosotros. Lo que fue siendo durante su vida no deja de ser, sigue siendo, deviene a pasos lentos su propia muerte. No se muere de un momento a otro, quizás se continúe muriendo de por vida. Como diría Derrida, el nombre no es sino un porvenir, algo que siempre está por hacerse, por escribirse. Deleuze muere arrojándose por la ventana de un cuarto piso. Su suicidio interrumpe violentamente su vida, nos sume en el desconcierto. ¿Acaso no supo, el teórico de la fuga, escapar a sus peligros, no supo detener(se) a tiempo el reclamo del vértigo del vacío, del desierto, del eterno devenir? La pregunta queda sin respuesta, para siempre. Y sin embargo Deleuze, el filósofo, el que supo poner en movimiento a un sujeto-frontera hecho de puro devenir, de un construirse día a día en el atravesamiento continuo

de líneas, nos debe una respuesta o, más bien, somos nosotros, quienes al mirar sus “ojos que ven de otro modo” y “su sonrisa alterada” los que nos debemos una respuesta a esta súbita partida, a ese violento abandono. ¿Cómo reconstruir su mirada lanzada siempre hacia adelante, entre aceleraciones y lentitudes, potencias y pausas?, ¿cómo leer después de su muerte al Deleuze de la afirmatividad y de la experimentación?

Más allá de su acto suicida, o quizás justamente por eso, me interesa el rumbo mismo de una filosofía que ofreció la posibilidad de experimentar “el pensar” en los términos del pensamiento y la experimentación estéticos, ser un novelista de la filosofía, decía Deleuze. Me interesa el destino de una “felicidad de la incertidumbre” por llamar de alguna manera a su concepción del ser como devenir, me interesa ese Deleuze que aún ahora, desde su muerte, nos dice: “Somos desiertos, pero desiertos poblados de tribus, de fauna y de flora [...] El desierto, la experimentación sobre nosotros mismos es nuestra única identidad, la única posibilidad para todas las combinaciones que nos habitan” (1996: 16). Y una de ellas ¿no es acaso la muerte, esa suma de toda combinación posible? Asumir la muerte trágica de Deleuze quizás no sea otra cosa que asumir hasta sus últimas consecuencias la “incertidumbre” que se propone como único centro de pensamiento, el peligro de las líneas de fuga que nos alejan cada vez más de las seguras playas del racionalismo y de las certezas pasadas, a cambio —y no siempre— de un encuentro inédito, con gente, con ideas, con acontecimientos. Son ellas las que ponen en movimiento la compleja geografía del ser en devenir, atravesado por líneas rígidas y líneas flexibles, son las líneas de fuga las que posibilitan el pasaje de una a otra, las que permiten hacer del Mismo siempre Otro. Pero si bien la línea de fuga es la palanca que mueve el devenir, ésta tiene sus peligros. Una fuga es una especie de delirio, hay algo de demoníaco en ella desde el momento mismo en que desterritorializa al “sujeto”, y lo vuelca sobre un desierto de arenas movedizas. Es necesario estar atento, escribe Deleuze, “la más bella intensidad se convierte en nociva cuando sobrepasa nuestras fuerzas en un cierto momento: es necesario poder soportar, estar en condiciones de hacerlo” (1980: 243).

Deleuze encontró en la literatura posibilidades inéditas para la filosofía, en ella la desterritorializó para darle un cuerpo y una cadencia distintas; en Miller, en Fitzgerald, en Virginia Woolf, en Kafka, Deleuze

operó el movimiento contrario: los extrajo de su espacio y los hizo hablar a nombre de la filosofía. En ambos movimientos, literatura y filosofía se encontraron en una línea fuera de su territorio, “perdieron el rostro” al inscribirse en un devenir de la escritura que no significaba en momento alguno, un devenir escritor (filósofo, novelista), sino ante todo, un devenir siempre otro, devenir intenso, devenir animal, devenir imperceptible, como escriben Deleuze y Guattari en su afortunado *Mille Plateaux*. Atravesado por la literatura, el Deleuze filósofo encontró en la escritura esa forma de traición del propio reino, aprendió a través de ella que es necesario ser bilingüe en la propia lengua, es decir, ser capaz de hacer un uso menor de ella traicionando sus elementos de poder y de mayoría. “Balbucear”, en general, escribe Deleuze, “es una perturbación de la palabra. Pero hacer balbucear el lenguaje es otra cosa. Significa imponer a la lengua la labor lenta de la variación continua” (1978: 80). Y es en esta operación sobre el lenguaje, sobre la escritura y sobre ese “sujeto” en perpetuo movimiento como Deleuze construye una ética y una estética de la multiplicidad. Hace balbucear, en la escritura, a esa disciplina a la que pertenece, la hace apelar a un concepto del ser como puro devenir, traicionando así todo concepto que remita a cualquier identidad fija. Por ello la literatura. Por ello las vanguardias: Joyce, Conrad, Kafka y Beckett habían hecho saltar a la lengua y a ese sujeto anclados a lo idéntico, para desbordarlos en el mar de un permanente acontecer, siempre Otro, siempre ajeno, siempre desconocido. Ya ellos, antes que el filósofo, habían logrado pasar del “es” del verbo ser a la conjunción “y”. De ahí que sean ellos y otros más quienes abran la brecha de una filosofía experimental de la que Deleuze no dudará en alimentarse. Ante la pérdida de un sujeto incapaz de volver a lo Mismo, ante la perspectiva, en términos levinasianos, de un imposible retorno al ser, Deleuze propone, a la manera de la experimentación estética, mil mesetas. Como escribe Maurizio Ferraris:

No [existe] el triunfo de los simulacros sin referente o de la razón sin fundamento [...] ni, por otra parte, el reclamo a una “experiencia vivida” o a un “saber bajo”. Existen, en cambio, *mil mesetas*, mil niveles, múltiples planos en los cuales la potencia y la representación, lo auténtico y lo inauténtico, las pulsiones y el pensamiento no se distinguen y no se

jerarquizan sino que se diferencian y se seleccionan de acuerdo con su naturaleza, activa o reactiva, a través de un proceso de constante experimentación (61).

Pero la experimentación y el viaje como formas de producción de lo real no son actitudes que encuentren su sentido en sí mismos; como el propio Deleuze recuerda, ya Beckett había dicho: “Que yo sepa, no viajamos por el placer de viajar; somos pendejos pero no a tal grado” (1980: 244). Sobre la línea de fuga no se produce placer sino vida, programas de vida que se modifican continuamente a medida que se realizan, abandonados a medida en que se transforman. Se trata, en el movimiento mismo del que experimenta, no de encontrar sino de perder el rostro; escribir, dice con inteligencia Deleuze, no es un proceso de adquisición de identidad, sino de balbuceo de un ser, que en la escritura se pierde y se desconoce. “Es necesario desaparecer, convertirse finalmente en un desconocido como poca gente lo es” (1996: 56). El pensamiento de Deleuze, sin detenerse de manera explícita en el lugar del Otro, nos remite forzosamente al problema de una alteridad incapaz de verse reflejada en el espejo, de encontrar su propia imagen. Emmanuel Levinas, su contemporáneo e igualmente lector atento de Heidegger, ya había propuesto una imagen que me atrevo a asociar con la filosofía deleuziana. Levinas propone, en relación al sujeto, un movimiento sin regreso:

La Obra pensada radicalmente es en efecto un movimiento de lo Mismo que va hacia lo Otro sin regresar jamás a lo Mismo. Al mito del Ulises que regresa a Ítaca, quisiéramos contraponer la historia de Abraham que abandona para siempre su patria por una tierra aún desconocida y que prohíbe a su siervo, incluso, conducir nuevamente y de regreso a su hijo a ese punto de partida (54).

Abraham es el nómada, el habitante del desierto que, ciertamente apoyado por un Dios como Yaveh, decide partir para no volver jamás, es decir, Abraham es aquel que se irá construyendo día a día, de tienda en tienda, de lugar en lugar; no volverá más los ojos a su tierra, se sabrá siempre “en marcha”, y esta conciencia llevará la marca de su propio nombre. Abraham es el nombre de quien ve en la promesa de Yaveh

la posibilidad misma de producir acontecimientos, nuevas formas de acción, de práctica, de organización (cfr. Derrida: 103), todos ellos “en movimiento”. Su nombre está siempre por-venir, no sólo porque su nombre propio se transforme, sino porque esta transformación llevará consigo a su vez la impronta de un nuevo rumbo por heredar. Si el nombre propio, como escribe el mismo Deleuze, no es un nombre de persona, sino “de pueblos y tribus, de faunas y floras”, el nombre, en este caso de Abraham, remitirá también, no a un destino individual sino a un futuro colectivo, al menos a una forma nueva de vislumbrar ese por-venir del nombre.

Deleuze se arroja, quizás en la desesperación de una larga enfermedad, de un cuarto piso. ¿Cómo y desde dónde heredaremos su nombre?, ¿cómo reconstruiremos su por-venir? En sus *Conversaciones con Claire Parnet*, Deleuze muestra su preocupación por el destino de la muerte. Levinas, muerto poco más de un mes después del filósofo de *Mille Plateaux*, opone al ser-para-la-muerte heideggeriano, un ser-para-aquello-que-viene-después-de-mí. Deleuze nos deja, a pesar de su fuga definitiva al vacío, una herencia que tocará a nosotros construir; somos nosotros, los sobrevivientes, los que tendremos que darle cuerpo y espacio a esa muerte que, como el propio filósofo escribiera al referirse a Spinoza, “no es ni el inicio ni el final, sino que, al contrario, se trata de pasar a otro la propia vida” (1996: 77).



Poco después de su muerte en 1995, redacté las líneas anteriores, en un acto emotivo de reconocimiento y memoria. Afectada por la pérdida de uno de los pocos pensadores que me había enseñado cómo *experimentar* la literatura y la vida, pero también bajo el impacto de otro duelo inmediatamente anterior, duelo sin refugio, esta vez sí “cada vez el fin del mundo”, temía por el pensamiento de Gilles Deleuze. No era sólo el dolor de la pérdida, el miedo al vacío al que se arrojaba Deleuze y al que, de alguna manera, parecía invitarnos. El abismo tan temido llegó y sigue estando ahí; de hecho, siempre estuvo presente aunque no fuera justamente capaz de asumirlo. Ahora, a veinte años de distancia, lo vislumbro día a día, aunque lo combata en todo momento. Veinte años

han pasado y Deleuze sigue a la vanguardia del pensamiento contemporáneo, el vacío al que se arrojó nos dice, como él solía hacerlo, que toda línea de fuga tiene sus peligros y, sin embargo, quien no ha sido atravesado al menos por una de ellas, no podrá decir que alguna vez transitó por esa frontera llamada “vida”. Las líneas de fuga siguen siendo la única *experiencia* posible, la sola posibilidad de *renuncia* al Sí Mismo para mutar, aunque sea por momentos, en el Otro. Las líneas de fuga que nos atraviesan no son frecuentes ni visibles a prima vista, pero son de una riqueza incalculable, como nos lo enseñó el filósofo. Deleuze no ha sido el único en mostrarnos la complejidad de las estructuras que nos atraviesan; en este caso y para terminar, me viene a la mente una afortunada frase de Tatiana Bubnova quien, inspirada en la obra de Mijaíl Bajtín, escribió: “soy frontera por la que pasan muchos hilos y líneas, casualidades y coincidencias, lenguas y libros conjuntándose en una memoria magistral que se genera en mí como en cualquiera de nosotros.”

Esther COHEN
esthercohend@gmail.com

BIBLIOGRAFÍA

- AJMÁTOVA, ANNA. “Cuando muere un hombre.....”, en *Contrapunto a cuatro voces en los caminos de aire. Pequeña antología de cuatro poetas rusos: Anna Ajmátova, Ósip Mandelstam, Borís Pasternak, Marina Tsvetáieva*. Ed. y trad. Tatiana Bubnova. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª ed., 2009.
- DELEUZE, GILLES y FÉLIX GUATTARI. *Kafka. Pour une littérature mineure*. Paris: Minuit, 1975.
- DELEUZE, GILLES y CARMELO BENE. *Sovrapposizioni*. Milano: Feltrinelli, 1978.
- DELEUZE, GILLES y FÉLIX GUATTARI. *Mille Plateaux*. Paris: Minuit, 1980.
- DELEUZE, GILLES y CLAIRE PARNET. *Dialogues*. Paris: Flammarion, 1996.
- DERRIDA, JACQUES. *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta, 2012.
- FERRARIS, MAURIZIO. *Tracce*. Milano: Multipla, 1983.
- LEVINAS, EMMANUEL. *La huella del otro*. Trad. Esther Cohen. México: Taurus, 2000 (La huella del otro).